

SALMO DE VIDA

Ya volvéis, mis amantes golondrinas
ya regresáis de vuestro largo viaje,
y en el atrio del templo, peregrinas,
se estremece de júbilo el follaje.
De la rama que lenta balancea
vuestros cuerpos ligeros,
saltáis hasta el pretil de la azotea
ó los pardos aleros.
Y los santos de piedra, que en los nichos
de la vecina iglesia se levantan,
parecen someterse á los caprichos
de las cosas que cantan.
Vuestro revuelto batallón parlero,
juega del santuario en la cornisa,

y, despertando al viejo campanero,
le dice:

—¡Perezoso, llama á misal!

Ya vuelves, Primavera,
Ya vuelves con tu séquito de amores,
y se oculta en los fresnos vocinglera
la turba de los pájaros cantores.
Ya vuelves, coquetuela fugitiva,
y, al rumor de tus gráciles pisadas,
huyen las penas, el amor se aviva,
y se buscan los silfos y las hadas.

¿Por qué no vuelve en tu cortejo hermoso
entre flores y luz mi poesía?
¿Fuí su amante? Tal vez... Tal vez su esposo...
¡Pero me dice el alma que fué mía!

Recuerdo que en campestres excursiones,
para expresar mis ansias más secretas,

me prestaban sus versos los gorriones
y algunos consonantes las violetas.
El hábil mirlo y el pichón sedeño,
la matinal alondra y la paloma,
mientras vagaba triste en algún sueño,
me daban versos murmurando:

—Toma.

Hoy esas buenas hadas no me quieren,
y mis enfermas, pálidas estrofas,
abren los ojos, lloran ¡y se mueren!

Haz que vuelvan, amante Primavera,
las que versos y cantos me enseñaron.
Dormida entre mis brazos las espera
la musa que dejaron.
Dame flores, perfumes y armonías...
pero no flores tuyas, sino mías.
Pon en mi mano el fresco ramillete
que llevaba Siebel á Margarita...
Ya asoma, sonriendo, á su ventana,
la pálida enfermita.

¡Oh, qué invierno tan triste! ¡Cuán oscuras
sus noches y cuán largas! De la muerte
muy quedo nos hablaban;
la nieve, del sudario; y las estrellas
como con muchas lágrimas brillaban.
Mudo el piano, y ávidas las flores
de fecundante riego;
en silencio los anchos corredores,
tristes las almas y el hogar sin fuego.
A la luz de muriente lamparilla
anunciaba, vibrando, la mañana,
el toque de la taza de tisana
herida por la breve cucharilla...
Tímida la esperanza; siempre ausente
la risa amable de los labios rojos;
pensamientos muy torvos en la frente
y el sueño siempre lejos de los ojos.
Temblor de corazones palpitantes
cuando el doctor venía;
miedo de preguntar, en los semblantes,
si pensativo el médico salía...
¡Y cómo adivinaba el pensamiento,
en la atmósfera muda de la alcoba,
el vuelo cauto y el glacial aliento
de la que vidas y cariños roba!

Los amorosos padres, sin hablarse,
con sólo una mirada se entendían,
y sus tristes miradas, al cruzarse,
—¡No puede ser! ¡No puede ser! decían.

Pero volviste al cabo, Primavera,
y ya la enferma en su balcón te espera.
¿Qué, no tienes más flores? ¡Dale todas!
Hoy con la vida celebró sus bodas.

Dispón, como te plazca, alegre fiesta;
escribiremos el MENÚ en las rosas;
todas las aves formarán la orquesta
y el BUFFET servirán las mariposas.
Ordena que de luz se vista el cielo
y manda que despierten muy temprano
á tu tenor de gracia, el arroyuelo,
y á tu bajo profundo, el Océano.
Dí á tus siervos los raudos colibríes
que traigan flores de perfume llenas,
haz platos con hojitas de alhelies

y copas con las blancas azucenas.

La sombra queda atrás: no está invitada;
 envidiosa en la puerta se detiene:
 vendrá la noche, de astros coronada,
 pero aquélla... la otra... la enlutada...
 ¡Esa, no puede entrar! ¡Esa no viene!

Sólo yo, Primavera azul y hermosa,
 para el festín no tengo ni una rosa.
 Volviste; los botones se entreabrieron,
 ¡pero mis pobres versos no volvieron!
 Ve, pues, en mi lugar, tú que si cantas,
 tú, que trajiste la salud, la vida,
 tú, Primavera, la de aladas plantas,
 la que despiertas á la luz dormida.
 En las sonoras alas de tu brisa,
 llévale alegre tus fragantes dones,
 y así como entreabres los botones,
 entreabre sus labios con sonrisas.
 Tú, que las iras del invierno calmas,
 nuestra inquietud, nuestro temor serena...
 ¡Qué gozol! ¡Ya está sanal! ¡Ya está buenal!
 ¡Ya estás, oh Primavera, en nuestras almas!

LA SOÑADORA DE DULCE MIRAR

Princesita de Cuentos de Hadas,
 la gentil, la fragante, la esbelta,
 ¿en qué astro se abrieron tus ojos?
 ¿De cuál concha brotó la belleza
 de tu cuerpo ondulante y gallardo,
 como línea de ánfora griega?
 ¿De las ondas saliste cautiva,
 como búcaro fresco de perlas,
 ó saltaste, temblando de frío,
 de la copa de blanca azucena?
 ¿En qué lirio labraron los genios
 ese cuerpo de hada, Princesa?

Cuando pasas, el aire se entibia
 y de aroma suave se impregna,
 se estremece de amor el follaje,
 palidece la nívea gardenia...
 Los botones de rosa, encendidos,
 en voz baja murmuran: ¡es ella!...

¿A qué príncipe estás prometida?
 ¿Qué castillo en el bosque te espera?
 ¿Es acaso el de torres de oro,
 ó el ebúrneo del rey de Bohemia?
 ¿El que tiene diamantes por gradas
 en el ancha, triunfal escalera,
 ó el palacio de gotas de iris
 que en sus alas los cisnes elevan?
 ¿Lohengrin, en un rayo de luna
 baja á verte, cautiva Princesa?

Soñadora de dulce mirada,
 de mirada profunda que sueña

y que baja del alma á lo hondo
 y en lo hondo del alma se queda.
 Las venturas, cual blancas palomas,
 revolando sumisas, te cercan,
 y tu mórbido cuello acarician
 y en tus hombros de nieve aletean.
 ... Soñadora de dulce mirada
 y de cuerpo gentil de Princesa.

EN LA MUERTE
DE
MANUEL ALVAREZ DEL CASTILLO

El borgoña en su copa aún le espera;
vibrando están las cuerdas del piano...
Vinieron á llamarlo y está fuera,
mas pronto ha de volver. Es muy temprano.

Fragantes y purpúreas todavía
están las rosas que dejó olvidadas,
y resuena en la obscura galería
el eco de sus últimas pisadas.

Es acaso una cita misteriosa...
Su repentina ausencia no extrañamos;
mientras él habla á solas con la hermosa,
sus amigos cantando lo esperamos.

¡Ay! La enlutada que con negros ojos,
¡oh, amigo inolvidable!, vino á verte,
no era la joven de los labios rojos,
era una hermosa pálida: la Muerte.

Trémulo el labio, palpitante el seno,
en el umbral con ansia te esperaba,
y como eras tan joven y tan bueno,
la taciturna pálida te amaba.

¡Y por fin eres suyo! ¡Tristes flores
ocultan ya tus éxtasis nupciales!
Hoy comienzan con ella tus amores...
¡Los únicos amores inmortales!

Con la voz suplicante del deseo,
la vida enamorada te decía,
como Julieta á su gentil Romeo:
—No te vayas... ¡No es tiempo todavía!

Y hoy, cuando locos de dolor tocamos
el verde musgo de la tumba alfombra,
sólo entre los myosotis escuchamos
como rumor de besos en la sombra.

¡Ni lamento, ni queja, ni reproche!
¡Ya duermes para siempre, amigo mío!
Era una tarde azul; vino la noche...
¡Plantad un sauce junto al lecho frío!

La puerta del salón no está cerrada;
abierta la dejastes, ¡oh viajero!
Ha de volver la pálida enlutada...
¿Quién de nosotros marchará primero?

PRIMERA PÁGINA

En el álbum de una dama.

—¡Señora: ya está abierta la arábica ventanal
Abrirla me ordenaste y presto obedecí.
Ahora, ya que inunde la luz de la mañana
tu camarín de raso, tu alcoba de sultana...
El paje se retira: tus órdenes cumplí.

No impiden ya las altas vidrieras de colores
que á tu retrete lleguen el alma de las flores,
el canto de las aves, los ecos del laúd;
de tu soberbio alcázar la puerta ya está franca
al viejo peregrino, á la novicia blanca,
al trovador errante que de su lira arranca
mil himnos armoniosos de eterna juventud.

Seré, si tú lo quieres, su heraldo vocinglero,
y te diré los nombres de cada caballero
que el puente levadizo pretenda atravesar;
con mi clarín de plata te anunciaré si llega
el príncipe de Atenas en su carroza griega,
ó el arrogante y rudo Rodrigo de Vivar.

Que lleguen á admirarte tus huéspedes, señora:
el mago de Circasia, la reina de Bassora,
el opulento obispo y el pálido prior;
yo sólo abrí las puertas y preparé la entrada;
por el rastrillo al noble, por la ventana, al Hada;
y por la azul escala, de seda recamada,
al verso que te busca, cual joven trovador.

Alcázar es tu álbum: sus altos torreones
habitan golondrinas y rondan los halcones...
¡El agorero buho jamás reposa allí!
De gasa plateada revístelos la luna
y cuando el sol despierta, dorando la laguna,
les prende de los hombros un manto carmesí.

En los marmóreos patios rebullen los vasallos,
y piafan orgullosos los árabes caballos,
y brillan los estoques y duerme el arcabuz;
por ver á las meninas esfuérganse los pajes,
y agítanse las plumas y tiemblan los encajes,
y en los bordados áureos de los lucientes trajes
se truecan en diamantes los átomos de luz.

Asoma á tu ventana: contempla los jardines,
los bosques de naranjos, los húmedos jazmines
en cuyas hojas calma su sed el ruseñor.
El chorro de la fuente cayó desalentado,
llorando y ya sin fuerzas, cual pobre enamorado
que en vano subir quiso adonde está su amor.

¡Verás cómo se alegran en sus pequeños nidos
los pájaros canoros que estaban entumidos,
y piensan, si los miras, que empieza á amanecer;
verás cómo te busca la inquieta mariposa
y oirás cómo, volando, te dice que eres rosa,
y aunque la riñas mucho, por terca y caprichosa,
verás cómo tampoco la puedes convencer!

¡Cantad en estas hojas, oh pájaros poetas!
 ¡Venid aquí á esconderos, oh tímidas violetas!
 ¡Oh príncipes y bardos, en el castillo entrad!
 ¡Abierta quedó, alondras, la arábica ventana!
 ¡Viajeras golondrinas, ya apunta la mañana!
 Venid y en estas torres esbeltas anidad.

.....

El paje se retira: no suenan en la alfombra
 sus pasos, y se mira su vacilante sombra
 cruzar los gobelinos del gótico salón:
 después se aleja y huye por el jardín callado...
 ¡Oh ruiñeñor que cantas en el gentil granado,
 ya brillan los luceros: preludia tu canción!

BLANCO.—PÁLIDO.—NEGRO

A Juan de Dios Peza.

De la cartera de un buen amigo,
 que por ser bueno del mundo huyó,
 tomo estos versos... ¡Vayan contigo!
 Por ser tan tristes los quiero yo!

I

Entré en la alcoba con planta incierta,
 ella espíaaba junto al sofá,
 pálida y blanca como una muerta...
 ¡No!... ¡Como un ángel que al cielo val
 Yo sentí dicha, miedo, ternura...

¡Por fin ya solos, solos los dos!
 ¡Por fin ya dueño de su hermosura!
 ¡Por fin ya suyo! ¡Qué bueno es Dios!
 Dí algunos pasos y vacilante
 hablarla quise... ¡No pude hablar!
 Y quedé inmóvil, de ella delante,
 como las aves en el instante
 de abrir las alas para volar.
 Después... su talle preso en mis brazos,
 queriendo estarlo, queriendo huir...
 Los azahares hechos pedazos,
 y entre mis labios los blancos lazos
 con que sus hombros quiso ceñir.
 Para esconderla, para ocultarla,
 su cabecita juntaba á mí;
 ví su garganta, logré besarla,
 y no sé entonces lo que sentí!
 Tiembla su cuerpo... ya muy juntito
 sus rojos labios por fin besé...
 Lanzó ella entonces un débil grito...
 Ay, de ese grito, grito bendito,
 toda mi vida me acordaré!

II

Otro más débil, avaro escondo
 en el secreto del corazón,
 que se oye apenas, y de muy hondo
 sube como alma de una canción.
 ¡La misma casa! ¡Todo estoy viendo!
 También temblando cuando lo oí,
 entré en la alcoba, pero corriendo,
 y hacia su lecho me dirigí.
 ¡Por fin el ángel tan deseado
 sus blancas alas quiso plegar!
 ¡Por fin el ángel había bajado!
 ¡Qué inmensa dicha para mi hogar!
 Ella, amorosa me sonreía...
 ¡La pobrecita mucho sufrió!
 ¿Qué, en ese instante, no le daría?
 ¡El alma entera, la vida mía,
 cuanto en el mundo conquisté yo!
 ¡Con qué alborozo nos contemplamos!
 ¡Todo ha pasado!... ¡Padres al fin!
 ¡Nada dijimos, y nos besamos

en los ojitos del querubín!
 ¡Qué delicioso para el oído,
 qué de ternezas inspirador
 fué ese sollozo, fué ese vagido,
 á que respondes, hijo querido
 con un inmenso grito de amor!

III

■ ¡Ayl de otro grito conservo el eco
 siempre vibrante dentro de mí,
 como en el fondo de un nicho hueco...
 ¡Nadie pregunte cuándo lo oí!
 Sentir que el alma se nos arranca,
 sentir la vida que se nos va,
 y al verla inmóvil, blanca, muy blanca,
 sin esperanza gritar: ¡Mamá!
 Y de rodillas caer al suelo
 diciendo en vano frases de amor,
 caer á plomo, caer del cielo
 á lo profundo de un gran dolor.
 ¡Ah! No es un grito, no es una queja,
 es toda una alma que ya se va,

es nuestra madre que ya nos deja
 y nunca, nunca regresará!
 Adiós me dijo quedo, quedito;
 besé sus ojos, allí grité:
 ¡Qué sufrimiento tan infinito!
 ¡Con ese grito, con ese grito,
 toda mi vida sollozaré!..